



árabes vs. israelíes:

42

Por cuarta vez desde que hace 25 años fue creado el Estado de Israel, en octubre de 1973 se entabló de nuevo la guerra entre esa nación y sus vecinos árabes. Esta vez los encabezadores de la campaña por el lado árabe fueron Egipto y Siria, los dos miembros de la fallida República Árabe Unida soñada por el extinto Gamal Abdel Nasser.

Guerra local, en torno de intereses concretos, la del Medio Oriente refleja, sin embargo, las contradicciones internacionales. Se trata de un caso típico de conflicto cultivado, es decir, se trata del mantenimiento intencionado de condiciones que impidan la paz, porque de la existencia de una crisis continua hay quien saca provecho.

Detrás de cada uno de los lados beligerantes es posible reconocer la presencia de las dos mayores potencias de nuestro tiempo. Los Estados Unidos otorgan un ostensible apoyo a Israel, en lo político, sosteniendo posiciones que favorecen al gobierno de Tel Aviv en las Naciones Unidas; y en lo militar, proveyendo a su ejército de armas que cuentan entre lo más moderno de la industria bélica. La Unión Soviética, por su parte, alienta las posiciones árabes, así los instructores soviéticos del ejército egipcio hayan sido expulsados hace apenas pocos meses de El Cairo.

Como bien se sabe, lo que de inmediato se debate en los enfrentamientos del Medio Oriente es la existencia misma del Estado de Israel. Creado por una decisión de las Naciones Unidas, ese país ganó su existencia por medio de siglos de persecuciones y sufrimientos y luego ha ratificado su derecho a la vida en una ejemplar batalla contra los enemigos eternos, y sobre todo, contra un medio físico particularmente adverso. Israel tenía derecho a

un suelo en que asentar a su gente. Pero la solución intercomunalmente aceptada no se apejó estrictamente a la justicia, respecto de todas las partes.

La tierra entregada a los judíos no estaba deshabitada. Vivían en ella los palestinos, que desde entonces se han quedado sin suelo, convertidos por la fuerza en apátridas, reducidos a la calidad de cosas, sin voz, sin capacidad de decisión. De allí que entre ellos, más que entre los habitantes de ningún país árabe, haya surgido el terrorismo, como recurso extremo destinado a hacer que el mundo no se olvide de su existencia.

Pero la injusticia de la decisión es imputable a las Naciones Unidas, no a Israel. Desde su nacimiento, sin embargo, éste se vio asediado por sus vecinos, que lo consideraban un intruso, un invasor. Los primeros días del nuevo Estado se vieron marcados por la guerra, la primera de la serie, que pudieron ganar, como las posteriores, gracias a un hecho central: para los israelíes, cada batalla en que se enfrentan a los árabes, es una batalla por la supervivencia como nación. Si pierden, volverán a la esclavitud o tendrán que dispersarse de nuevo, como antes lo han hecho.

En cambio, el móvil de los árabes es menos tangible, menos concreto. A partir de 1967, su actitud ha sido la de invadidos que deben reconquistar territorios perdidos. En efecto, en la Guerra de los Seis Días de aquel año, Israel se apoderó de tierras sirias y egipcias, en las montañas del Golán y en el desierto del Sinaí. Israel asegura tener razones tácticas para no retirarse de esas tierras, pues de ese modo aleja los frentes de batalla de sus ciudades. Pero al realizar actos de soberanía en el suelo conquistado, ha manifestado con claridad que